

El Vicariato Apostólico de Iquitos, antes Prefectura y Vicariato de San León del Amazonas

POR
LUCAS ESPINOSA, AGUSTINO (*)

FRUTOS COSECHADOS.—Merece la pena de transcribir lo que cuenta el P. Senén a este respecto:

«Dos años consecutivos, dice, estuve a cargo de la administración espiritual de Pevas y de la escuela gratuita que allí teníamos, sembrando la divina semilla, cultivando y regando la derramada abundantemente por mis predecesores; esperaba con las ansias propias del labrador los frutos de una abundante cosecha; pero ¡oh desilusión!, nunca pude conseguir nada que se pareciera a frutos de verdadera justificación. Nadie abandonaba su vida depravada; pocos fueron los que recibieron los sacramentos de la Confesión y Comunión; sólo los niños de la escuela y algunas mujeres oían misa los domingos y se acercaban alguna vez a la Sagrada Mesa; los demás, como si no tuvieran alma que salvar...». «De los distritos de Pevas y Caballococh aun setenta por ciento vivían en concubinato, terminando sus días el noventa por ciento sin el menor remordimiento de conciencia, sin fe ni esperanza en la vida futura» (54).

(*) Véase *Archivo Agustiniiano*, mayo-agosto 1960, págs. 197-220.

(54) FRAILE, S., O. S. A., *Breve reseña*, 32 s.

El plan misional relacionado con la evangelización de los indios Yaguas, comenzó con éxito notable, y habría llegado a su perfecta realización, si no hubieran intervenido ciertas causas que lo impidieron, como veremos luego.

El año 1904 hizo el P. Plácido Mallo una expedición por el río de los Yaguas, que se tuvo por una especie de descubrimiento. Lo recorrió de punta a cabo por entre medio de estos salvajes, trazó de él un curioso diseño, dando a varios de sus afluentes nombres de lugares y personas relacionados con la Orden Agustiniiana, tales como: Hipona, Puerto de San Agustín, Tagaste, Villanueva, Montefalco, Santa Rita, Sahagún. La Sociedad Geográfica de Lima lo incluyó con los mismos nombres en los mapas que se hicieron después. El P. Mallo fue honrado con el título de Socio Honorario de dicha institución. Así supo honrar este misionero a la Orden Agustiniiana.

La obra más profundamente evangelizadora de los indios Yaguas, la llevaron a efecto los PP. Anastasio Carrasco y Laurentino Alvarez. Hicieron también avances importantes en el conocimiento del idioma de aquellos salvajes. Lástima que sus apuntes desaparecieran.

Fue el P. Laurentino quien llevó a efecto la fundación de un centro misional con el nombre de Jericó en las márgenes del propio río Yaguas. Se inauguró esta misión el 30 de julio de 1910. De la importancia de Jericó y de las esperanzas que hacía concebir al P. Paulino, son testimonio estas sus palabras:

«También está muy adelantada y en vías de próxima terminación la obra de formación de un poblado en las márgenes del río Yaguas, afluente del Putumayo, con la denominación de «Jericó», estando ya casi terminadas la capilla y casa-misión, y en rededor de estos edificios considerable el número de chozas con sus correspondientes chacras en que habitan los infieles Yaguas y algunos Ticunas que antes se hallaban dispersos por diversos lugares del vastísimo territorio que media entre el citado río Putumayo y el Amazonas peruano...». «La importancia de esta fundación no se escapará seguramente a la sagaz penetración de V. S., sabiendo, como sabe, que cuantos esfuerzos y sacrificios se empleen para convertir al salvaje a la vida civilizada, serán perfectamente inútiles y cómo sembrar en el vacío, mientras se los deje en su aislamiento y no se los someta a vivir

en poblados, como lo ha demostrado la experiencia de los años...». «En una de mis anteriores «Memorias» hacía resaltar la necesidad urgente que había de abrir una vía terrestre que, partiendo de Pevas, alcanzase la margen derecha del Putumayo, para tener una fácil y rápida comunicación entre este río y el Amazonas peruano, y, por tanto, con la capital del Departamento, comunicación muy necesaria en todo tiempo, pero indispensable en el caso de una complicación futura, posible con la República del Brasil, que dificultase o imposibilitase la comunicación fluvial con el Putumayo. Pues bien; la fundación de Jericó es el primer jalón para la realización de este patriótico fin que será, no tardando, un hecho con un pequeño esfuerzo más. No debo omitir que, aunque la iniciativa de este proyecto ha sido mía, la ejecución débese especialmente a la inquebrantable constancia y tesón del R. P. Laurentino Alvarez, secundado con eficacia por el R. P. Anastasio Carrasco» (55).

Se habían reunido en esta misión 36 familias con un total de 180 futuros cristianos. El año 1912, en una ausencia del P. Carrasco y cuando tan buenos frutos prometía, penetraron unos caucheros hasta el sitio en donde estaba establecida, y, rifle en mano capturaron algunos indios y se los llevaron consigo. Bastó ésto para desbaratar todo lo edificado; huyeron todos los demás en seguida y se dispersaron por los bosques. De esta manera terminó Jericó, formada con tantos gastos y sudores. Poco después, el 8 de febrero, terminó sus días en Pevas el P. Anastasio Carrasco (56).

Misión de «Colonia Fuentes».—Se fundó esta misión el año 1905 a la margen izquierda del río Tigre, cerca de la Comisaría, que quedaba a la derecha junto a la desembocadura del río Corrientes. Distaba seis días en canoa desde la desembocadura del primero y, siguiendo la navegación aguas arriba, se llegaba desde allí al Corrientes en seis horas. Su vida fue muy corta: un año escaso, pues el P. Pedro Prat encargado de administrarla hubo de bajar a Iquitos para tomar la dirección general de la Prefectura, en substitución del Rvmo. P. Paulino Díaz que, en esas fechas, partió para España en busca de salud perdida. ¿Por

(55) Archivo Agustiniiano, 9 (1919) 8.

(56) FRAILE, S., O. S. A., *Breve reseña*, 36 s.

qué no se continuó posteriormente? No puedo saberlo; acaso por falta de personal, del que siempre anduvo muy escasa la misión; tal vez por falta de habitantes, pues el río estaba des-poblándose día a día, como ya hemos referido. El P. Senén Fraile, estando de residencia en Nauta, visitó este establecimiento cuatro veces. El año 1915, fecha de su primer viaje allá «la casa-misión ya había desaparecido», y hubo de hospedarse en la Comisaría (57).

Misiones de «Leticia» y «Ntra. Sra. de Nazareth».— Tanto Leticia — hoy perteneciente a Colombia — como Nazareth, eran por aquellos tiempos, de reconocimientos y tanteos (1901-1911), sitios estratégicos para el establecimiento de un centro misional; aquél por su situación en hermosa altiplanicie de la margen del Amazonas, por ser frontera con el Brasil y punto forzoso de atraque de todas las embarcaciones que subían y bajaban, y por sus organismos gubernamentales y administrativos y aun culturales; Nazareth, por razones similares: por su emplazamiento dentro del río Yavarí, importante centro de explotación gomera, por su intenso tráfico comercial, por su posición frente a la población brasileña de Remate de Males o Benjamín Constant, y, por tanto, puerto también de escala y de contratación. Tenía este último sitio el grande inconveniente de ser inundable y enfermizo; las fiebres palúdicas eran allí endémicas, y, por este motivo, se denominó el lado opuesto: «Remate de Males».

Sobre la fundación de estos dos establecimientos existe un pequeño embrollo. Según la relación del P. Senén, el año 1906 el P. Prat encargado interinamente de la Prefectura, aprovechando el apoyo que le prestaban las Autoridades del Departamento para construir en Leticia una casa-misión y capilla, se trasladó allá con este objeto, pero, cambiando luego su primer intento, pasó a Nazareth con el mismo propósito. Lamenta el P. Senén que el referido misionero prefiera «para edificar con muchos sacrificios la casa-misión que tenemos los Agustinos», por su importancia comercial, este lugar insano del río Yavarí al de Leticia, que, además de su hermosa altiplanicie, ofrecía otras muchas ventajas (58).

(57) FRAILE, S., O. S. A., *Breve reseña*, 37; *Archivo Agustiniiano*, 9 (1919) 12.

(58) FRAILE, S., O. S. A., *Breve reseña*, 38, s.

Nada dice el mismo autor sobre lo acaso comenzado e ininterrumpido en Leticia por el P. Prat, sino que, pasando a tratar de lo efectuado en Nazareth, mete de repente en escena al P. Mallo, dejando entrever que éste se encontraba ya establecido en aquel sitio tiempos atrás. Después de ponderar la importancia de Nazareth, la que se esperaba «llegaría a ser la ciudad y capital de la nueva provincia que tenían en proyecto», se expresa así: «Añádase la donación gratuita del terreno donde están la iglesia y casa-misión hecha por el dueño Sr. Brunn al P. Mallo, y nos explicaremos por qué éste consiguió autorización para abandonar Leticia, lugar sano, y trasladarse al insalubre de Nazareth...».

Prosigue más adelante: «No llevaba dos años el P. Mallo, y la enfermedad contraída le obligó a regresar a España el 12 de octubre de 1908. Atacado por las mismas fiebres, y en pos de él, salió su compañero de misión P. Eloy Fernández. En circunstancias tales, sólo un superior del temple del P. Paulino podía resolverse a continuar la obra de la iglesia. A pesar, dice, de las contrariedades sufridas, carencia de recursos y escasez de personal, se decidió a ir a Nazareth, y habiendo logrado arbitrar recursos para reanudar los trabajos de la iglesia, encargó a continuación al P. Prat, el cual, con celo y constancia dignos del mayor encomio, logró por fin dar cima a tan difícil cometido» (59).

Termina el P. Senén su relación consignando el hecho de que, «inaugurada la iglesia el 19 de noviembre de 1911 y nombrado el P. Prat Prefecto Apostólico por Su Santidad Pío X», continuó aquél visitando anualmente a Nazareth hasta el año 1913 en que salió definitivamente para España, como lo hicieron después en la misma forma el P. José Marcos hasta el año 1916, fecha en que fue llamado para encargarse de la escuela de Iquitos, y él mismo desde este año hasta el 1920, habiendo pasado después a encargarse de la parroquia de Nauta supliendo al P. Juan García que se ausentaba de la misión (60).

La relación, que sobre el mismo asunto hace el P. Paulino, difiere un poco de la anterior. Haciendo caso omiso acerca de

(59) Cita la *Obra de la Propagación de la Fe*, enero, 1912. Hay una nota que dice: «El autor de la presente reseña debió de carecer de datos precisos respecto a este particular, pues quien recabó esos recursos y puso toda la obra en marcha fue el P. Mallo personalmente...» (N. del C.)

(60) FRAILE, S., O. S. A., *Breve reseña*, 36-41.

la primera visita y actuación del P. Prat en Nazareth, comienza así:

«Durante el año que acaba de transcurrir, —la relación está firmada en Iquitos, 30 de junio de 1911—, se llevó a feliz término la obra de la iglesia de Nazareth, en el río Yavarí. Excuso encarecer la importancia política, social y religiosa que presenta la obra en referencia».

Luego, tras una descripción de dicho lugar y de las condiciones excepcionales que ofrecía para formar en él una estación comercial de primer orden, continúa:

«A pesar del decreto prefectural y de las indudables ventajas que para establecimientos comerciales reunía el mencionado sitio, debido sin duda a dificultades para adquisición de solares provenientes de ser éstos de propiedad particular, la población de Nazareth, según pude observar personalmente, se hallaba reducida a fines de 1905 a la casa comercial del propietario del terreno Sr. Salomón Brunñ y a otras dos o tres casitas más, y cuando la visité en el mes de julio de 1908, era ya una regular población, con más de 50 casas, con ricos establecimientos, comerciales las más de ellos. Este asombroso desarrollo de Nazareth en tan corto espacio de tiempo debióse en gran parte, sin duda alguna, a que el Sr. Salomón Brunn, aunque judío de raza y religión excitó con vivas instancias al R. P. Fr. Plácido Mallo, a quien yo había comisionado para que construyese una casa-misión y una capilla en Leticia, frontera del Brasil, a que en vez de Leticia pasase a fundar Nazareth, para lo cual le facilitaría gratuitamente los terrenos necesarios y le daría otras facilidades. El P. Mallo aceptó, dando principio a los trabajos en 1906, y con su ejemplo se decidieron otros a construir casas y se realizó el milagro referido del rápido crecimiento de Nazareth. En julio de 1908 estaba ya terminada la casa-misión y comenzaba la obra de la iglesia, cuando el P. Mallo, atacado de gravísima enfermedad, se vio precisado a pasar a España por prescripción facultativa, y su compañero el P. Eloy Fernández, agotados los recursos que por limosnas de personas piadosas se habían reunido, y sin esperanzas de adquirirlas por entonces, dada la grave crisis económica que afligía a toda la región, tuvo que suspender los trabajos emprendidos, y al poco tiempo, atacado a su vez de fiebres palúdicas, abandonar el lugar e ir en pos del P. Mallo a España».

Se refiere después, a más de las mencionadas contrariedades, a la carencia de recursos, la escasez de personal, la dificultad de adquirir y conducir a Nazareth el material de construcción, la carestía del material y mano de obra, la insalubridad del lugar y, finalmente, concluye:

«No pareciéndome decoroso dejar malograr lo que tantos sudores y sacrificios había costado y abandonar una empresa que tan beneficiosa resultaba para la religión y el Estado, me decidí a continuarla, costara lo que costase, y al efecto, fui personalmente a Nazareth, y habiendo logrado arbitrar algunos recursos y reanudar los trabajos paralizados, encargué al Rvdo. P. Fr. Pedro Prat de su continuación, y éste, con una constancia y un celo dignos del mayor encomio, logró por fin dar cima a tan difícil cometido. Se han gastado en las obras de la casa e iglesia aproximadamente 16.000 soles, cantidad modesta en sí, pero exorbitante si se tiene en cuenta que procede únicamente de donativos y limosnas recogidos en la localidad pues la instancia que el R. P. Mallo y los vecinos de Nazareth elevaron al Supremo Gobierno solicitando el auxilio de fondos fiscales para las obras, ni aun fue contestada» (61).

Del cotejo de estas dos relaciones se deduce que intervinieron en la fundación de la misión de Nazareth muy eficazmente los PP. Pedro Prat y Plácido Mallo; aquél a los principios y a los finales —1906 y 1911—; éste durante finales del mismo año 1906 hasta julio de 1908 en que tuvo que abandonar la misión para siempre. A poco de su inauguración hubo de ser abandonada como residencia estable por escasez de personal misionero, pasando también a la simple categoría de escala y estancia periódica del mismo. El año 1921, cuando yo la visité siguiendo los pasos de mis antecesores, los PP. José Marcos y Senén Fraile, estaban la casa e iglesia bastante deteriorados, y la población en total ruina sin haber llegado al soñado esplendor por efecto de la depreciación de las gomas y la crisis económica del país.

Con ésto termina el período de exploraciones y tanteos, viéndose dónde era posible el establecimiento de centros misionales para el debido cumplimiento del encargo recibido. El plan esta-

(61) De la Relación que dirige el Rvmo. P. Paulino Díaz al primer Ministro de Culto, firmada en 30 de junio de 1911, vísperas de su partida definitiva para España. Archivo Agustiniانو, 9 (1919) 5 ss.

ba perfectamente ideado: Un establecimiento en el Alto Morañón para la evangelización de los Jíbaros; otro en Pebas y río Yaguas para la de los indios Yaguas; otro en el río Tigre con parecido objetivo; y otro en Nazaret, con el que se podía abarcar toda la inmensa zona del Yavari. Distribuidos de este modo los misioneros y extendiendo su radio de actividad por los sitios circundantes, se habría abarcado todo el territorio de la Prefectura Apostólica. Quedaba solamente el río Putumayo, en donde había tribus infieles numerosas; pero ya hemos dicho la situación en que éstos se encontraban. No era posible allí el establecimiento de una misión fructífera.

Desgraciadamente, todas estas realizaciones duraron poco tiempo. Se intentó restablecer la misión de «Puerto Meléndez» a la llegada del P. José Marcos, el año 1911 (62), pero, éste a quien tengo presente, según me informa el mismo Sr. Prefecto del Departamento disuadió de esta idea, por cuanto no se podía dar al misionero garantía ninguna de éxito en vista de la irritación en que se encontraban los Jíbaros. Efectivamente, al poco tiempo, éstos atacaron y destruyeron la guarnición militar que por allí había.

Son los Jíbaros altivos, belicosos, irreductibles. Los PP. Jesuitas fracasaron en varios intentos que hicieron para conquistarlos. «Esta puerta —escribe el P. Velasco en su Hist. imp.— se abrió muy tarde, y, por justos juicios de Dios, se cerró al mismo tiempo de abrirse con la salida [expulsión en 1768] de todos los misioneros» (63).

Después de estos experimentos, la misión de los PP. Agustinos establecidos de manera permanente en Iquitos y en Nauta, y de una manera menos continuada en Caballococha, ha sido: acción intensa en estos puntos con el personal y medios que tenían a disposición, y giras anuales por todos los ríos. Todavía el Rvmo. P. Paulino Díaz alcanzó un poco de fruto de sus fatigas, pues, en los años 1910 y 1911, administraron los Agustinos en estos dos años: 1.286 bautismos, 2 009 confirmaciones, 215 matrimonios, 2.387 comuniones. (64).

(62) Archivo Agustiniiano, 11 (1919) 81.

(63) JIMENEZ DE LA ESPADA, M., Noticias auténticas, 642.

(64) Misiones Agustiniianas. (Cincuentenario), 43.

VI. LA EVANGELIZACION DE LOS INFIELES

¿Cómo se dio cumplimiento a la fervorosa exhortación del Papa León XIII? ¿Cómo se resolvió el difícil problema de la evangelización y conversión de los infieles?

No faltó a los misioneros valor suficiente para esta empresa. La intentaron, como lo hemos visto, arrojando graves penalidades: escaseces muchas, fiebres palúdicas, la misma muerte, y habrían continuado en su propósito, si hubiesen tenido personal misionero disponible. Les falló este elemento necesario, como lo demuestra el cómputo siguiente:

Año 1901.—Inauguran la misión los PP. Paulino Díaz, Prefecto Apostólico, Pedro Prat, Bernardo Calle, Plácido Mallo y el Hermano Lego Pío Gonzalo. Ya establecidos en la misión, en diciembre del mismo año se agrega en calidad de aspirante a Hermano Lego un sujeto español, a quien se dio el santo hábito en Pebas, y, sin llegar a profesar, ha pasado a la historia como miembro de la Orden Agustiniiana. Se trata del Hermano Miguel Villajolí. Total 6 misioneros.

Año 1903.—Llega el P. Manuel García. Son 7 misioneros los que asisten a los principios de la Prefectura de San León del Amazonas.

Año 1904.—Llega el P. Pedro P. García. En el mismo año mueren asesinados por los indios Jíbaros el P. Bernardo Calle y el Hermano Miguel Villajolí. Quedan 6 misioneros.

Año 1906.—Llega el P. Anastasio Carrasco; sale el P. Pedro P. García. Quedan 6 misioneros (65).

Año 1907.—Llegan los PP. Emilio Morán y Eloy Fernández. Componen un total de 8 misioneros.

Año 1908.—Llega el P. Miguel San Román; salen los PP. Plácido Mallo y Manuel García y muere víctima de la fiebre amarilla el P. Emilio Morán. Quedan 6 misioneros.

Año 1909.—Llegan los PP. Laurentino Álvarez y Víctor Merino; sale el P. Eloy Fernández. Son 7 misioneros.

Año 1910.—Sale el P. Víctor Merino que no es repuesto por otro alguno. Quedan 6 misioneros.

(65) En este año hizo el Rvmo. P. Paulino un viaje a España. No se en que fecha regresó. (Archivo Agustiniiano, 11 (1919) 12; FRILE, S., O. S. A., Breve reseña, 37).

Año 1911.—Llega el P. José Marcos Valle; sale el Rvmo. Padre Paulino Díaz. Continúa el mismo número: 6 misioneros.

Año 1912.—Llegan los PP. Benjamín Cid y Senén Fraile; muere en Pebas el P. Anastasio Carrasco y sale el Hermano Pío Gonzalo. Sigue el mismo número: 6 misioneros.

Año 1913.—Salen el Rvmo. P. Pedro Prat y Laurentino Alvarez. Durante algún tiempo queda la misión con 4 misioneros.

Año 1914.—Llegan el Rvmo. P. Rufino Santos y Juan García. Son 6 misioneros.

Año 1915.—Sale el Rvmo. P. Rufino Santos; quedan 5 misioneros al servicio de la Prefectura.

Año 1916.—Llega el Rvmo. P. Sotero Redondo; sale el P. Benjamín Cid. Continúa el mismo número: 5 misioneros.

Año 1919.—Llegan los PP. Jesús García y Donato Gorrochátegui. Son 7 misioneros.

Año 1920.—Llegan los PP. Germán Vega y Lucas Espinosa; salen los PP. Miguel San Román y Juan García. Sigue el mismo número: 7 misioneros.

Año 1922.—Sale el P. Germán Vega que no tiene sustituto en mucho tiempo. Quedan 6 misioneros.

Año 1925.—Sale temporalmente el P. José Marcos. Quedan 5 misioneros.

Año 1926.—Llegan los PP. Manuel López Rueda y Domingo Berasátegui. Son 7 misioneros.

Año 1927.—Llegan los PP. Valeriano Rivero y el Hermano Ignacio Hervás más, de vuelta, el P. José Marcos. Son 10 misioneros.

Año 1929.—Llega el P. José Sánchez; salen los PP. José Marcos y P. Senén Fraile y el Hermano Ignacio Hervás. Quedan 8 misioneros.

Año 1932.—Llega el P. Agustín García; sale el P. Manuel López. Sigue el mismo número: 8 misioneros.

Año 1933.—Llega el P. Rosino Ramos; sale el P. José Sánchez y temporalmente el P. Jesús García. Quedan: 7 misioneros.

Año 1934.—Llegan los PP. Anselmo Sandín y Avencio Villarejo; salen el P. Agustín García y temporalmente el P. Lucas Espinosa. Remanentes: 7 misioneros.

Año 1935.—Llegan los PP. Felipe Calle, Nicolás Alonso y el Hermano Joaquín Alonso; muere el Excmo. Mons. Sotero Redondo. Son 9 misioneros.

Año 1936. — Llega el P. Teófilo Lozano, y, de vuelta los PP. Jesús García y Lucas Espinosa; sale el P. Felipe Calle. Suman los restantes: 11 misioneros.

Año 1937. — Salen los PP. Domingo Berasátegui y Teófilo Lozano. Quedan: 9 misioneros.

Año 1938. — Llegan los PP. Antonio Monteverde, Fausto Martínez y Claudio Bravo; salen los PP. Donato Gorrochátegui, Lucas Espinosa, Valeriano Rivero y temporalmente a Lima los Padres Jesús García y Nicolás Alonso. El grupo de los restantes: 7 misioneros.

Año 1939. — Llegan los PP. Eduardo Díez, Constantino Solís y Crispín Gómez, y, de vuelta, los PP. Jesús García y Nicolás Alonso; salen el Rvmo. P. Rosino Ramos, Administrador Apostólico, y el P. Antonio Monteverde. Quedan 10 misioneros.

Año 1940. — Llegan los PP. Fernando Calle y Hermano Cándido Burgos; salen el P. Eduardo Díez y el Hermano Joaquín Alonso. Sigue el mismo estado: 10 misioneros.

Año 1942. — Llega el Excmo. Mons. José García Pulgar; salen el Rvmo. P. Claudio Bravo, Administrador Apostólico, y el Padre Constantino Solís. Son 9 misioneros.

Año 1943. — Llegan los PP. Benjamín Martínez, José A. Quintana, José Almeida, Ismael Barrio, Edilberto Valles y Silvino Treceño. Componen un total de 15 misioneros.

Año 1947. — Llegan los PP. Angel Luis y José Sordo Abad; sale el P. Anselmo Sandín. Quedan 16 misioneros.

Año 1948. — Salen los PP. Avencio Villarejo y Fausto Martínez. Remanentes: 14 misioneros.

Año 1949. — Sale el P. Nicolás Alonso. Son 13 misioneros los que siguen en actuación.

Año 1950. — Llegan los PP. Saturnino Martín, Eleuterio Blanco, David Araujo, Arsenio Aníbarro y el Hermano Oscar Prado; sale el P. Crispín Gómez. Quedan 17 misioneros.

Año 1951. — Llegan los PP. Félix Lozano y Gaspar Vega; sale el P. Ismael Barrio. Siguen 18 misioneros (66).

Según este cómputo, desde el año 1901 al 1906 —período de exploraciones y tanteos— la mayor parte del tiempo pasó la mi-

(66) Misiones Agustinianas. (Cincuentenario) 64. Para el fin que perseguimos importa poco el precisar las fechas de entrada y salida. Suponemos que la llegada de los unos coincide con la salida de los otros al principio de los años indicados.

sión con *seis* misioneros. Sólo en los años 1903-1904, 1909-1910 y 1907-1908 se juntaron *siete* y *ocho* respectivamente. En cambio bajan a *cinco* durante los años 1915-1919 y son solamente *cuatro* el año 1913-1914.

A este número de operarios evangélicos, tan reducido, se le presentaba un campo de apostolado enorme, si no por el número de habitantes —pues la región estaba muy poco poblada— sí por la amplitud del territorio a que se extendía la misión, lo heterogéneo de las razas existentes y su situación demográfica: unas, escondidas en lugares inaccesibles; otras, en disgregada y dilatada diseminación en forma de chozas y caseríos a las orillas de unas riberas de longitud infinita. Ni una población de importancia, excepto la ciudad de Iquitos. Y lo peor de todo, el estado lastimoso, moral y social, en que esas gentes se hallaban. Había gentes salvajes, gentes civilizadas a medias, y casi el total de las que podían decirse conscientes y cultas tenían bastante olvidada la parte religiosa. No podían abarcarlo todo a un tiempo. ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar?

Atención de preferencia

LA POBLACION DE IQUITOS.—En primer término se les brindaba, sugestionante, la dicha ciudad de Iquitos, capital del Oriente peruano y central de la Misión. Calculábase su población por aquellos años en unos 10.000 a 15.000 habitantes entre blancos, mestizos e indios netos, y estaba en camino de un aumento progresivo, así por la gente que de la propia región se situaba en torno a ella, como por la que acudía del resto de la nación y del extranjero por sus negocios, principalmente la explotación de las gomas.

Había que hacer en esta ciudad una gran labor apostólica: Recordar a unos las prácticas religiosas olvidadas, instruir a otros en las que totalmente ignoraban, apartar a muchos de sus errores de secta y formar a todos en la sólida piedad. De ese modo se formaría una cristiandad selecta, fermento saludable para el resto de la región. Porque allí residían y se educaban los llamados a ocupar los puestos de gobierno y a dirigir las empresas industriales y comerciales; allí los centros culturales, los jefes militares para la defensa del país, las representaciones ex-

tranjeras, en fin: todas las fuerzas vivas llamadas a marcar el rumbo de la civilización y a imprimir a toda la región fisonomía propia. La ciudad de Iquitos, por consiguiente, exigía la primera solicitud del misionero.

Otro campo importante

LA POBLACION CRISTIANA RIBEREÑA.—El año 1768 dejaban los Jesuítas 33 pueblos con un total de 14.634 almas (67). El Sr. Francisco Requena, Comandante y Gobernador de las misiones de Mainas durante 17 años, en un informe que dirige al Supremo Consejo de Indias, firmado en Madrid el 28 de abril de 1817, comienza refiriéndose a otro de fecha 10 de mayo de 1814, del Obispo de las mismas misiones, Fr. Hipólito Sánchez Rangel, al Ministro de Ultramar en el que se dice: «que en 58 pueblos de los 90 de que se componía su diócesis, no había más que 8 sacerdotes, residentes en los extremos del Obispado; los otros tres en pequeños ríos; en el dilatado curso de los ríos Huallaga y Marañón sólo uno, y ninguno en el Napo, Putumayo, Ucayali y Pastaza. Esto es, prosigue Requena, 50 pueblos sin párroco y abandonadas casi todas las misiones». Así transcribe el P. Quecedo, O. F. M. (68). Es de notar que el Obispado de Rangel abarcaba una extensión muchísimo mayor que la de las misiones de Mainas, que fueron el legado recibido por los Agustinos.

A la llegada de éstos (1901) sólo quedaba de todo esto unos pocos pueblos en estado ruinoso la mayor parte y alguno que otro formado posteriormente los siguientes.

Jeberos —Pura Concepción de Jeberos— fundado el año 1640; *Muniches* —San Estanislao de Muniches— 1678 (69); *Cahuapanas* —Pura Concepción de Cahuapanas— 1678, 1697, 1700, 1726 fechas correspondientes a la 1.^a, 2.^a, 3.^a y 4.^a fundación; *Yurimaguas* —Nueva Ntra. Sra. de las Nieves de Yurimaguas— 1711; *Omaguas* —Nuevo San Joaquín de Omaguas— 1711; *San Regis* —San Francisco de Regis de Yameos— 1723; *Pebas* —San Igna-

(67) CHANTRE, José, *El Marañón Español*, 582 s. A los 33 de este autor hay que añadir Laguna —Santiago de la Laguna— importante en la Historia de las misiones de Mainas (1670).

(68) QUECEDO, P., O. F. M., *El ilustrísimo Fr. Hipólito Sánchez Rangel*, 136 s.

(69) Este San Estanislao de Koska, que fue de Maniches, se llamó de Otonavis (1671), y en 1678 se juntó a San Antonio Abad de los mismos, que es el que perduró (Noticias auténticas, 262 s.).

cio de Loyola de Pebas— 1734; *Pucabarranca* o *Barranca* simplemente —Nuevo San Francisco de Borja— 1756; *Loreto* —Ntra. Sra. de Loreto de Ticunas— 1760 (70). El único verdaderamente importante era y es Yurimaguas. Tenían alguna: Lagunas, Pucabarranca, Pebas, Jeberos, San Regis.

Entre los formados posteriormente estaban: *Balsapuerto* en el río Paranapura afluente del Huallaga, *Nauta*, *Caballococha*, *Nazareth*; *Omaguas* (San Salvador de Omaguas), *Tamshiyacu*, *Leticia*. Los cuatro primeros existían ya el año 1809 (71).

Esto es lo que encontraron los Agustinos a orillas de los ríos pertenecientes a su jurisdicción. Además, habiendo corrido los tiempos y evolucionando al compás de su devenir la situación demográfica de la raza indígena, se habían formado algunos núcleos pequeños alrededor de lagos y «tipiscas» (72) —remanos preferidos por los peces— y en otros sitios propicios para las sementeras.

Pero lo que imprimía forma predominante a la región eran los establecimientos de empresarios blancos dedicados a faenas agrícolas en pedazos de selva por ellos abiertos —fundos, haciendas— o entregados de lleno a la extracción de la riqueza gomera. Casi todo el elemento indígena estaba congregado a su alrededor. Cada uno de éstos, con el nombre de «patrón», tenía a su mando un grupo de familias indias, ya cristianas obligadas a ellos por deudas contraídas, y algunos estaban en contacto con tribus salvajes o semisalvajes que acudían a sus establecimientos, fascinados por las telas, las herramientas de cultivo, los pertrechos de caza y pesca y ciertas menudencias de su gusto, como abalorios, espejitos, etc.

Si muchos de estos «patronos» arrancaron a los indios de sus pueblos, los vendieron o los sacrificaron sometiéndolos a trabajos duros en zonas enfermizas, otros fueron sus protectores —verdaderos «patronos»—, constituyendo una providencia salvadora de la raza indígena. Aquéllos deshicieron los antiguos pueblos y reducciones; éstos, en cambio, tras los pasados atro-

(70) VELASCO, Juan de, *Historia del Reino de Quito*, edic. 1946 (Quito), III, 285, 296-97, 305-6.

(71) QUECEDO, P., O. F. M., *El ilustrísimo Fr. Hipólito Sánchez Rangel*, 116 (mapa); VILLAREJO, Avencio, *Así es la selva*, 246, 259-63.

(72) «Tipishca»: Cauce antiguo de un río convertido en laberinto de pequeños lagos y charcas, al quedar cerrado de arriba por haber roto paso la corriente por otra parte.

pellos, reunieron el personal restante disperso, lo sometieron al trabajo fructífero, utilizaron y dieron curso a los productos de este trabajo, que en manos del indio hubiera sido sin provecho, y con su lucro le socorrieron en sus necesidades y caprichos. Sin el cerebro organizador de estos «patronos», el indio habría permanecido inactivo y miserable.

El mismo Rvmo. P. Paulino Díaz, después de haber acusado tan acervadamente a la institución patronal; pasados algunos años optaba por el establecimiento de colonos seleccionados en los ríos desiertos, pues así «se irían formando núcleos de población honrada en aquellos ríos, a cuya sombra podría el Misionero, paulatina, pero seguramente, ir atrayendo a los salvajes a la vida cristiana y civilizada, aumentando con ellos la población útil» (73).

En su último libro «El Hombre y la Selva», 1959, Lima, el Padre Avencio Villarejo hace la misma justa distinción entre patronos buenos y patronos malos; y, refiriéndose a la generalidad de los existentes en estos tiempos, dice que son para el indio: socorro en sus necesidades, educadores, consejeros, directores, médicos, proveedores de trabajo, conductores del fruto de ese trabajo y, «de hecho o de derecho», ejercen las funciones de «autoridad, policía, juez, padre y hasta sacerdote». Concluye afirmando que el 50 por ciento de la civilización y del bienestar del indígena amazonense se debe exclusivamente a la institución patronal (74). Todo esto es verdad en los tiempos actuales, habiendo cambiado la situación social.

Pues algo semejante ha debido de existir siempre: patronos buenos y patronos malos, cosas buenas de los unos y cosas malas de los otros, aunque, al parecer, esto último era lo que predominaba en aquel primer período de la Misión al que no estamos refiriendo. De donde resulta que este régimen patronal fue al principio de la Misión un mal y un bien: un obstáculo grande, por el recelo que infundía, para sacar a los salvajes de sus escondrijos y reducirlos a población en sitios traficables a orillas de los ríos; por el contrario un bien, con relación a los ya reducidos desde antiguo y reliquias de los exterminios habidos, pues, a

(73) Archivo Agustiniiano, 11 (1919) 14 s.

(74) *Ibid*, 12.

pesar de los pesares, ahorraba al misionero la complicada tarea de agruparlos, protegerlos, dirigirlos, socorrerlos en sus necesidades más urgentes, abastecerlos y, sobre todo, ocuparlos en alguna empresa productora, sin la cual no se concibe la vida y permanencia de un pueblo. El misionero podía aprovechar la ventaja que entre tantas concomitancias adversas, le proporcionaba este postrer aspecto de la situación social.

Nunca se agradecerá bastante la hospitalidad con que estos patronos acogían al misionero, no uno ni pocos días, sino todos los que fuesen necesarios, brindándole gratis su riqueza o su pobreza. Me refiero a los tiempos adelantados que yo conocí. Llegué a abrigar el convencimiento de que aunque de estar viajando constantemente, se podían mantener todos los misioneros en cada establecimiento que se crease.

He aquí otro campo al que debía extenderse sin demora la acción misional. Había mucho que trabajar en él; era necesario consolidar y adelantar lo logrado hasta aquel momento. Los grupos indígenas aquí existentes, aunque cristianos viejos, eran de condición rudos, y, al presente, andaban muy lejos de las prácticas fundamentales del cristianismo, no por malicia, sino por ignorancia de lo que nunca llegaron a comprender bastante y por olvido de lo que un día comprendieron y practicaron. El conjunto de su observancia cristiana se reducía al Bautismo y Matrimonio y a la guarda de algunas fiestas más solemnes para ellos, como eran: La Navidad, Año Nuevo y Reyes en que se renovaba el cuerpo indígena de policía; el Carnaval, Resurrección, San Juan, San Antonio, Día de Difuntos, los Patronos del pueblo y velorios prolongados durante toda la noche cada vez que había algún fallecimiento. En todas estas ocasiones lo principal eran las danzas y bebetas a su estilo, que, por lo general, terminaban en borracheras. No se podía, pues, abandonar este campo. Había que restablecer la observancia íntegra de las prácticas: de la Confesión, la Comunión, etc.

Ahora bien; estos dos campos —la ciudad de Iquitos y los ríos— absorbían el escaso personal misionero disponible. ¿Qué hacer con el otro importantísimo sector: el de los infieles, el de los salvajes? Hemos de recordar que se hicieron al principio algunos esfuerzos para atenderlo; pero fracasada trágicamente la empresa de los Jíbaros —los famosos reducto-

res de cabezas humanas— y en otra forma igualmente lamentable la de los Yaguas, no hubo más intentos por el establecimiento de misiones fijas entre infieles, y sólo de una manera indirecta, que explicaremos, se procuró su evangelización. Tienen en su descargo los Agustinos el que no les alcanzaba el personal misionero existente: Aquí es de notar también que había que dar por descontadas las tribus del Putumayo a causa de la esclavitud en que vivían.

Prosigamos con el mismo asunto. A principios del período siguiente —1916-1935—, existía ya en Iquitos un grupo de fieles piadosos muy notable, y tanto aquí como en los ríos se había multiplicado la población. En los ríos se habían establecido multitud de empresarios, y en torno a ellos las concentraciones indígenas eran más importantes. En tales circunstancias, la situación de la misión, por lo que se refiere al personal misionero, continuaba lo mismo y aún peor relativamente. He aquí la prueba.

Desde el año 1916 al 1919 hay solamente *cinco* misioneros, contando con el Prefecto Apostólico. Suben a *diez* durante los años de 1927-1929 y quedan *nueve* el 1935, fecha en que muere el Excmo. Mons. Sotero Redondo. Durante los años restantes de este período son *ocho* misioneros desde 1929 a 1933; *siete* los años 1919-1922, 1926, 1933-35; *seis* en 1922-1925; sólo *cinco* este último año.

Salta a la vista que este número tan exiguo de obreros evangélicos no bastaba para satisfacer las exigencias crecientes de la población de Iquitos y de la flotante por los ríos. Tan difíciles se pusieron las cosas, que hubo tiempos en que quedé yo solo viajero constante y sin descanso por todas las rutas de la misión. Por consiguiente los infieles hubieron de continuar preteridos.

Además es preciso notar que el año 1922, en virtud del Tratado Salomón-Lozano fueron incorporados a la nación combiana la casi totalidad de los salvajes del Putumayo. Los pocos que quedaron adscritos al Perú se distribuyeron en pequeños grupos por distintos lugares sumándose a los núcleos de indígenas sometidos al régimen patronal corriente, de ese modo entraron en las filas de los que se visitaban anualmente.

Otra circunstancia parecida ocurre durante este período. El mismo año de 1922 se hacen cargo los PP. Pasionistas de su Prefectura de San Gabriel de la Dolorosa, creada en 1921 con sec-

ción de la primitiva de los Agustinos, en la que se comprendía la región de los Jíbaros. Así quedaron éstos desligados de las regiones de infieles verdaderamente importantes. El resto de éstos lo constituían grupos pequeños, unos en estado de extinción, otros muy escondidos, la mayor parte en comunicación con los núcleos cristianos, circunstancia que daba oportunidades para hacer llegar hasta ellos las verdades salvadoras del Evangelio.

Los períodos que siguen —1935-1938 y 1938-1942— en los que actúan como Administradores Apostólicos los PP. Rosino Ramos y Claudio Bravo Morán respectivamente, son tiempos de transición que transcurren a la espera del nuevo Vicario Apostólico. Finalmente, cuando el número de misioneros comenzó a ser relativamente abundante, años 1942-1954, período del Excmo. Mons. José García Pulgar, ocurre la 3.^a y última división de la misión de los Agustinos. Fue ésto el 1945, dos años después de la entrada del mencionado Vicario-Obispo. Con ello la misión de Agustinos, ahora Vicariato de Iquitos, puede decirse que no tiene salvajes que reducir y evangelizar.

Indudablemente los Agustinos han contribuido a la conversión de los infieles de un modo indirecto, es decir, a través de los núcleos cristianos que cultivaron y de sus patronos; y también directamente con las visitas que los hicieron aprovechando las oportunidades de sus giras periódicas o al menos anuales por los ríos. Así ha sucedido con los Ticunas, los Yaguas —éstos con más fundamento durante los años que mantuvieron residencia fija en Pebas y Jericó—, los Chimacos o Urarinas, los Iquitos y Cahuaranos, los Orejones y Secoyas. Entre estos últimos, conocidos en la Etnografía por el nombre de Pijés, pasé yo larga temporada en dos ocasiones. De estas visitas conservo recuerdo imborrable. Por nuestras revistas andan algunas fotografías de grupos pijés que han logrado buena aceptación. El que los acampaña de pie en la canoa y lanza en mano; y el que en otra ocasión los muestra el crucifijo soy yo, y mi intérprete es un tal Mariano, indio legítimo, que criado en Pantoja por el señor Carmona —español—, volvióse a la tribu para hacer la vida propia de los suyos. Bauticé algunos; después de mí fue el Padre Ismael Barrio y bautizó muchos más. Otro recuerdo de estas visitas ha quedado plasmado en mi libro «Contribuciones Lingüísticas y Etnográficas...». En él trato sobre idiomas de los pijés y dei de los Orejones o Kotos.

Contestada la pregunta acerca de la evangelización de los salvajes, y hecho el descargo a favor de los misioneros agustinos, paso a relatar los resultados finales. No voy a entrar en pormenores que no caben en los estrechos límites de este trabajo, ni conducen a su finalidad principal, que es, como dije al principio: Consignar *per summa capita* las vicisitudes por las que ha pasado la misión agustiniana del Amazonas, esbozar un método ordenado para la composición de su historia y explicar acontecimientos ignorados hasta el presente o no comprendidos. Por el contrario, habrán de disculpárseme omisiones muchas sobre el período del Excmo. Mons. José García Pulgar (1942-1954), pues no he sido testigo ocular ni hallo información adecuada. Por la misma razón apenas apunto un hecho de relieve acaecido en el del Rvmo. P. Claudio Bravo, segundo Administrador Apostólico (1938-1942). Omito totalmente el del Rvmo. P. Rosino Ramos, primer Administrador Apostólico (1935-1938), del que sólo conozco un intermedio en el que tiene lugar la conjura contra cinco de los misioneros: Los PP. Donato Gorrochátegui y Lucas Espinosa, que fueron expulsados de la Misión, y los PP. Jesús García, Valeriano Rivero y Nicolás Alonso, quienes, por efecto de la misma tormenta, fueron llamados a Lima. De esta conjura, acerca de la cual hay mucho cuento, sabe más que yo el entonces, Comisario en Lima, Rvdm. P. Graciano Montes.